estoy dispuesta también á conformarme con lo que ella estme justo.

—¿Quiere V. que me entienda con ella para fijar el salario?

—Sí, señor. Es lo más conveniente.

—Bien....; pero debo hacerle á V. una advertencia antes de tratar de otra cosa.

—¿Y cuál es?

—Que deseo que deje V. su cuarto y duerma aquí, en la pieza que hay junto á la antesala. Podía ponerme enfermo cualquier noche, y deseo tener alguien cerca de mí.

—No tengo inconveniente en lo que V. desea.

—Entonces, ¿estamos conformes?

—Decididamente eres lo que me figuraba,—pensó Aurelia, mientras Grimard desaparecía por la puerta del salón.

XIII.

Jorge Fontaine dividía su actividad toda entre Pedro de Morlain y la duquesa Diana de Limours. Para él, uno tenía el desinterés, la amistad persistente, no obstante la traición, á causa de la traición quizás, porque con ella trataba de atenuar á sus propios ojos la fealdad de la falta. Para la otra, guardaba el amor dichoso, satisfecho, á pesar de los remordimientos que le causaba. En cuanto al trabajo, lo mismo el material que el intelectual, los tenía abandonados en absoluto. Se despertaba tarde,

con el cuerpo, si no fatigado, enervado por los placeres de la víspera, y solía quedarse largo espacio meditando antes de levantarse, indolente, incapaz de crear y sentir el arte, sin más fuerza de inteligencia que para evocar dulces recuerdos y forjar más dulces esperanzas. Por fin, saltaba del lecho, se vestía, é iba en busca de su hermana, que había cambiado mucho para con él, pues ya no era tan expansiva como antes: pasaba junto á ella unos momentos, sin echar de ver, en apariencia, su semi-frialdad, cuya causa conocía, y se marchaba en casa de Mazade para saber si el espionaje cerca de Aurelia había producido algún fruto. Desde la agencia se trasladaba á casa del defensor de Pedro, le llevaba los antecedentes que ésta le solía pedir, y procuraba espolear su interés por el preso y comunicarle su criterio sobre la inocencia de aquél.

Con mucha frecuencia el itinerario se alteraba en parte. Aprovechando las atenciones que le detenían en la prefectura de policía y la autorización que había obtenido para poder visitar cuando quisiera á su amigo, hacíase conducir á Mazas, y pasaba en compañía de Pedro media hora antes de

visitar al abogado. Entonces le rendía cuentas de sus gestiones, se ponía de acuerdo con él sobre algún punto dudoso, le daba esperanzas para infundirle ánimo, y reanimaba aquel espíritu, á quien el aislamiento y la impaciencia comenzaban á abatir. La falta de lesa amistad que había cometido tornaba en sufrimientos lo que de otra suerte fueran instantes placenteros. Aquellas entrevistas eran para Jorge un verdadero tormento. Pero se condenaba á padecerlo, con tal de llevar al preso un átomo de la vida exterior, un eco de la libertad, que iluminase su alma como un rayo de sol en medio de la noche sombría.

Cumplidos estos deberes, olvidando al amigo para pensar sólo en la mujer amada, ahogando escrúpulos en egoismo, iba al palacio de Diana. Hacia las tres de la tarde todos los días entraba en el estudio, cuyo camino conocía tan bien. La Duquesa le estaba esperando ya, temblorosa desde que escuchaba sus pasos en la escalera, y no bien se cerraba la puerta y las cortinas les ponían á cubierto de toda indiscreción del servicio de la casa, caían el uno en brazos del otro. Primero estallaba un prolongado

beso; luego un torrente de ellos. Después de esta primera explosión, Diana llevaba á su amante al fondo del estudio, al lugar preferido por los dos; sentábase junto á él, le tomaba las manos, mirábase en sus ojos, y de sus labios, aún candentes por el beso abrasador, salían un sin fin de palabras vivas y de preguntas apremiantes que no esperaban respuesta:

—¿Qué has hecho desde que nos separamos? ¿Has pensado mucho en mí, sólo en mí, siempre en mí? ¡Si supieras qué largo se me ha hecho el tiempo!.... Esta noche he soñado contigo.... ¡Soñé que ya no me querías, y que me volvía loca de pena!.... ¿Te parece á ti si es desgracia la mía? ¿Por qué habré soñado eso? Por fortuna, no soy supersticiosa.... ¿Me quieres mucho, mucho, mucho? ¿Y nunca me olvidarás? Mira, no sabría pasarme sin ti. Eres mi vida entera. El mundo me es indiferente. Ya, ni hago visitas, ni recibo á mis amigos, ni voy á ninguna parte. Existo por ti y para tí...., y cuando no te tengo cerca, me parece que no vivo. Cuando te marchas, me quedo aquí, en el estudio, y me parece que aún te veo y te hablo. ¡Pero tú no me contestas,

y cuando mis labios buscan los tuyos, no los encuentran!.... Mas ahora sí los hallan; mira, mira si los hallan, y.... los devoran.... á besos....

Y al hablar así, Diana no exageraba. Su amor hacia Jorge no tenía límites. Le amaba con locura, con negación de ella propia, como nunca había amado por todo el tiempo en que su corazón estuvo como adormecido. Era una revancha de su ayer, de sus aspiraciones desairadas, de sus entusiasmos sin objeto, de sus sacrificios á la sociedad, de la falta de expansión por espacio de muchos años.... Estaba enamorada con la inteligencia, con el corazón y con los sentidos. Sensaciones y sentimientos, impulsos del alma y deseos de la carne, todo se confundía, se mezclaba, se combinaba, hasta no formar más que un todo concreto. ¿Cómo fué que alcanzó tanto desarrollo su pasión en tan poco tiempo? Muchas veces, reflexionando, trató de explicarse esto, y como para Jorge no tenía nada oculto, como delante de él pensaba en voz alta, solía decirle, con una ingenuidad adorable, interrumpiéndose con caricias, viendo su imagen retratada en las pupilas de su

amante, y sintiendo que su aliento le acariciaba la boca:

—Desde el primer día que te vi me dominaste. Tu belleza masculina y femenina al mismo tiempo me deslumbró. Tu mirar dulce y ardiente, abrasador y sonriente al paso, me penetró en el alma. Buscaba defectos en ti, y no los encontraba.... Eres mi ideal realizado. Cuando niña, soñaba un hombre como tú.... Cuando defendías la causa de tu amigo con aquella elocuencia y aquella pasión, tu palabra sonora, acompasada, ardiente, entusiasta, me encantó. «Sabiendo querer así á un amigo (pensaba), si tan bien comprende la amistad, ¿cómo comprenderá el amor?»

Se detenía, le daba un beso muy rápido en la boca, y proseguía:

—Sin embargo, te oculté mi nombre, te engañé, y huí.... ¿Crees que sólo lo hice por respeto á mi reputación? Pues te engañas. Obedecí á otro móvil: tenía miedo de ti y de mí.... Cuando me enviaste mi retrato, pensé: «Para retratarme tan parecida, para recordar hasta el menor detalle de mi cara, ¡cuán honda impresión debe haberle causado mi presencia!....» É in-

conscientemente estaba satisfecha.... Era dichosa.... Te escribí para que vinieras, porque necesitaba verte.... ¿Y recuerdas cómo te recibí? ¡Con qué frialdad!.... ¡Con qué dureza!.... Era que me proponía ponerme en guardia contra mí misma, interponiendo entre nosotros obstáculos infranqueables.... Pero tu mirada los abrasó; el soplo de tus labios, al besarme con el alma y con el deseo, las redujo á polvo.... Por eso te dije: «Vuelva V.» Y tú volviste.... Y aquí, en este estudio mismo, durante nuestras conversaciones, en las cuales tú me revelabas tu alma, como yo te mostraba la mía, en aquellas conversaciones en las cuales me exhibías tu corazón joven, puro, ardiente y lleno de virginidad, se fundó mi cariño, mi amor de todo el ser, y te adoré, después de admirarte, como un artista admira al ideal perfecto de sus ensueños....

Así le decía cuanto pensaba, hasta lo más oculto en el fondo de su corazón. Y Jorge la dejaba hablar sin interrumpirla, dichoso, con el espíritu henchido de ventura y el amor propio satisfecho; como adormecido ó en éxtasis delicioso, con ese dulce

bienestar del hombre que se siente amado: con esa indolencia del criollo que se cree bajo la acción del sol ardiente de su patria: y se adormecía al sonido de aquella voz enamorada, igual que en los días de su niñez al vaivén de la hamaca mecida por la mano de su madre.

Pero la reacción era violentísima, ardiente, impetuosa. Al despertar de su ensueño, la atraía junto á su pecho, la estrechaba contra él con frenesí, y le decía amores con más elocuencia aún, con más fuego todavía que ella describía los suyos.

Aquella mujer, hasta entonces tan cuidadosa de su reputación, tan llena de orgullo por su posición social, que para ir al boulevard Pereire en otro tiempo tomaba tantísimas precauciones é imaginaba mil astucias, era otra distinta. No quiso que Jorge alquilase una casa donde pudieran verse:

—No (le dijo); no quiero hacer nada de lo que hasta ahora he hecho.... No quiero que un nido te recuerde otro.... Aquí, en mi casa, en mi santuario, transcurrirán los días felices de nuestros amores. Aquí, en este rincón de mi hogar, en el cual he soñado tanto, seremos felices.... (Y añadió luego sonriendo:) No quiero salirme del cuadro.

Para evitar indiscreciones ó sorpresas, Diana no tomó otra precaución que la de dividir el estudio en varios departamentos por medio de biombos, so pretexto de evitar las corrientes de aire y combinar las luces según le conviniera. De este modo, entre la puerta y la pared del fondo, cerca de la cual se refugiaban de ordinario los amantes, y en donde habían constituído el asilo de su ventura, se levantaban una porción de obstáculos.

—Y después de todo (había dicho un día la Duquesa, para terminar la discusión con Fontaine sobre la conveniencia de tener un rincón ignorado donde pudieran verse): Después de todo, ¿qué me importa de nada? Te adoro, eres el universo entero para mí, y con tal de que tú seas la causa, no me importa perderme.

XIV.

Jamás espía alguno fué mejor espiado, ni hubo agente de policía mejor burlado que Grimard. Era verdaderamente triste que Albertina Jeanrond desempeñase gratuítamente cerca de su vigilante el oficio que éste debía desempeñar cerca de ella, y por el cual cobraba pingüe precio la agencia Mazade.

Al día siguiente de su entrada en casa del inquilino del piso quinto, ya sabía Albertina-Aurelia cuanto necesitaba. Por cuenta de qué casa trabajaba el agente, de

dónde venía, y, en una palabra, cuál era su objeto. Según su propia frase, *lo había vaciado completamente.* Pero no vaya á creerse que Grimard lo había hecho espontáneamente; nada de eso. Sin cometer ni una indiscreción ni una imprudencia, *la Culebra* logró su objeto. Se deslizó junto á él sin ser notada, hizo poco á poco su camino sin que la sintiera arrastrarse, y llegó al fin, á fuerza de astucia y picardía.

—Un provinciano (pensó desde luego) que paga trescientos francos al mes por su casa y da mil adelantados, tendría mejor ropa blanca y mejores vestidos que éste. Las camisas están desfilachadas; los trajes ajados; no tiene decente más que el que lleva puesto, y ese, sin duda, es porque acaba de comprarle para las necesidades de su oficio. Además, un provinciano, no bien llega á París, sólo tiene una idea: divertirse recorriendo los boulevards, yendo al teatro, buscando aventuras...., y éste no sale de casa para nada.... ¿Por qué? Es sencilla la razón: porque anda á mi alrededor, me vigila, y trata de hacerme charlar. ¡Es, pues, un espía! Luego, ¿á quién escribe los ratos que me deja en paz? ¿á un pariente?

¿á un amigo? ¿Por qué, entonces, no me envía á llevar las cartas al correo, y prefiere hacerlo por sí mismo, después de poner las señas, procurando esconderse de mí? No son, por lo tanto, cartas lo que escribe; son algo así como noticias sobre sus gestiones, y van dirigidas á una persona, que es la que le emplea y le paga.»

Estos razonamientos, estas deducciones fueron seguidos bien pronto por descubrimientos de más valor. Una palabra de aquellos escritos sorprendida mirando á hurtadillas por encima del hombro de Grimard al pasar afectando indiferencia, una palabra técnica del oficio dejada escapar por él mismo sin darse cuenta de ello, un papel olvidado en el rincón del baul hecho precipitadamente al mudar de domicilio, una roseta de muchos colores que no se cuidó de quitar del ojal de una levita, mil detalles, en fin, que á otros menos suspicaces que Aurelia les hubieran despertado sospechas, confirmaron las que ésta había concebido.

Como era joven, se aburría mucho, le gustaba divertirse, y como, merced á su amante, llevaba bien estudiado el papel,

representó la comedia á las mil maravillas desde por la mañana hasta por la noche. Encontrando muy natural que su amo conociera sus antecedentes (como ella conocía los suyos, á pesar de su presunción de hombre listo), le contó su historia. Sus padres, que fueron ricos, le dieron una brillante educación; pero se arruinaron en la Bolsa y murieron de pena. Huérfana.... (sólo le faltaba una hermanita ciega para ser la heroína del drama de Ennery), fué á París en busca de fortuna. Pero, por desgracia, cuando una mujer se resuelve á ser honrada, no tiene medios para hacer suerte. Por eso hubo de resignarse á entrar de doncella en casa de la señora Vivian, á la cual creía casada, un día en que careció ya de lo más preciso y perdió la esperanza de que la empleasen como señorita de compañía ó institutriz en casa de alguna persona rica. Su ama la tomó cariño, y seguramente le hubiese ayudado á encontrar mejor destino, si la muerte no la hubiese sorprendido, sin la catástrofe que la privó de su protección.

De tal suerte contó esta historia Aurelia, tal sinceridad revelaba su acento, y á

tal punto supo darle caracteres de realidad, que Grimard no pudo menos de pensar: «Después de todo, ¿por qué ha de ser mentira? Además, inocente como una paloma, no tenía picardía. Hablándole como joven incapaz de tener malos pensamientos, procedía con un descuido encantador. Se le acercaba, le tropezaba en las rodillas, en el pecho, en el hombro; le miraba sin pestañear con sus ojos picarescos y penetrantes, y no perdía ocasión para reir á carcajadas y enseñarle los dientes blancos como la nieve y las encías rojas como cerezas. Y cual si con esto no bastase, recordando el vicio de otros tiempos, con su lengüecilla, semejante al dardo de las serpientes, se acariciaba sin cesar los labios frescos como los gajos de una granada madura.

Grimard acabó por no saber qué pensar. ¿Se burlaba de él? ¿Era, en efecto, aquella mujer la miserable criatura á la cual le habían indicado como capaz de todo, incluso de ser cómplice de un asesinato? ¿No se trataría, como opinaba la justicia (que debía saber á qué atenerse), de una pobre chica calumniada, y de la cual se sospechaba injustamente?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

De todos modos, buena ó mala, por entonces llevaba una conducta ejemplar. Después de concluir sus faenas caseras, desempeñadas con extrema pulcritud, se iba al comedor, y se ponía á coser. Si salía á buscar algo en la tienda inmediata, Grimard la seguía con la vista desde el balcón, y nunca la veía detenerse en la calle ni dejó de volver antes aun de lo que él esperaba. Por las noches se retiraba al gabinete oscuro que le servía de alcoba, dejaba abierta de par en par la puerta de la antesala, y su amo podía á cualquier hora convencerse de que dormía tranquila con el sueño de la inocencia.

Grimard, que tenía costumbre de hacer una vida mucho más activa que aquélla, se aburría también de lo lindo. Su oficio de espía le resultaba pesadísimo, y decidió hacerle la corte á su criada para entretenerse, y al paso, porque quizás así lograse espiar mejor. En lugar de pasarse las horas en el salón pensando en las musarañas, se iba al comedor, le echaba flores á Albertina, y sostenía con ella largas conversaciones, ó bien la llamaba y la obligaba á sentarse junto á él, cerca del fuego. Poco á poco se

fué atreviendo á bromear, á darle palmaditas en las mejillas, y á tomarle la barba ó el talle. Ella, por su parte, no se mostraba esquiva; le miraba con sorpresa; parecían halagarle aquellas muestras de simpatía, y le dejaba hacer. Un día ya llegó al extremo: se decidió á abrazarla, y la besó en los labios. Aurelia, en vez de enfadarse, le dijo ingenuamente:

—¿Es que quiere V. casarse conmigo?

—¿Por qué no?—le replicó Grimard.

Y, en efecto; ¿por qué no había de casarse con ella, siendo buena, ilustrada, inocente, como parecía?.... Mucho tiempo hacía ya que Grimard soñaba con el matrimonio. Después de un día de trabajo, siguiendo á alguna persona por orden de la agencia Mazade, ó paseándose arriba y abajo delante de alguna casa encargada á su vigilancia, debía ser muy hermoso entrar en la suya y hallar una mujercita bella y cariñosa, y bastante instruída para escribir el informe para el principal, mientras él se metía en la cama dictando al paso.

No obstante esto, y á pesar de gustarle mucho Aurelia, tanto por interés propio como por deber profesional, no dejaba de vi-

gilarla, deseoso de conocerla bien á fondo.

—Se deja besar; ¿no irá más allá? (pensaba.) Veremos hasta dónde llegan su inocencia y su simpatía por mí.

Y para convencerse, una noche pasó desde el salón á la antesala, y de la antesala á la alcoba de la joven, donde ésta acababa de acostarse.

Parecía dormida. Grimard avanzó sin hacer ruído, se agachó...., y recibió una soberbia bofetada, acompañada de estas frases, dichas con acento de profundo disgusto:

—Es una picardía tratar así á una pobre muchacha, que no tiene más patrimonio que su honradez.... Ó se va V., señorito, ó empiezo á gritar, para que los vecinos se enteren y me defiendan....

El espía tuvo miedo, y se retiró sin insistir más. Estaba edificado al ver tan digna conducta. Aurelia estimaba su honra y sabía defenderla.

Por la mañana, apenas se levantó, le fué á buscar, y le dijo que no podía continuar sirviéndole. Pero Grimard le suplicó tan encarecidamente que se quedara, que ella consintió, con la expresa condición de que por las noches le permitiera cerrar la puerta

del comedor que daba á la antesala, para quedar así al abrigo de toda sorpresa. El agente aceptó sin obstáculo, porque se le recrudecieron las sospechas con el desaire, y pensó que acaso, una vez se viera libre de su vigilancia, intentaría salir. Por eso aquella noche la pasó entera haciendo centinela. En vez de acostarse, no bien Albertina se encerró, aplicó el oído á la puerta, y así permaneció hasta el día. Pero el silencio que reinaba en la casa sólo fué interrumpido por la respiración igual de la joven y algún que otro suspiro nervioso que lanzaba á intervalos.

La siguiente noche se repitió la escena: el agente la pasó en vela, no obstante el sueño que le dominaba casi, y no fué más afortunado que la precedente.

Convencido ya, no quiso hacer la tercera guardia, y rendido de fatiga se acostó. Entonces Albertina, que á su vez le expiaba como las noches pasadas, á cosa de las doce abrió poquito á poco la puerta de la escalera, la volvió á cerrar, dando dos vueltas á la llave para que Grimard no pudiese salir, en el caso de que forzase la de la antesala, y se deslizó en casa de Bertin, ó, mejor dicho, de su amante Pedro Vignot.